

PREMIOS LITERARIOS
1994-95
DELEGACIÓN DE ALUMNOS

Poesía

<i>Tiempo de Homenajes</i>	Luis Blas
<i>Canción de Gomorra</i>	Pedro José Miguel Tomás
<i>De la fugacidad...</i>	Pep Bruno Galán
<i>Azaque</i>	Manuel Antonio Pizarro
<i>Invierno</i>	Juan Manuel Játiva Rosado

Narrativa

<i>La charca y los perros</i>	Gustavo Adolfo Jiménez
<i>La biblioteca</i>	Javier Urbaneja Sánchez
<i>La Balanza</i>	M ^a Olalla García García

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Tiempo de homenajes

Luis de Blas

“Aquí ya no hay historia ni siquiera leyenda;
sólo tiempo hecho canto...”
Claudio Rodríguez

Jorge Guillén

“¿Y las rosas? Pestañas
cerradas: horizonte
final. ¿Acaso nada?
Pero quedan los nombres.”
(De *Cántico*)

Si pura “ma mon troppo” su arquitectura apura
los límites del triunfo de la forma absoluta
Guillén al aire nuestro de su voz centenario
rotunda como un mágico redoblar de campanas.
¿Palabras muertas? No. De lo aprendido queda
el asombro. Los nombres clamorosos en piedra
poesía, ¿eres tú? Afirmativamente
sobrevive en el alma su germen inocente.
O es vórtice la luz tradicional y rayo.
Suma de eternidad su palabra. Su Cántico.

Hölderlin

“Poetizar: la más inocente de las ocupaciones”

Padre Hölderlin, poeta de poetas,
danos “la voz del pueblo”
y seamos
libres, también, como las golondrinas.

Ahora, cae la noche largamente
alrededor de ti para habitarte.
Sólo un rayo de vida permanece
encendido y oculto a las miradas:
un fervoroso tiempo, un rito, un signo,
una señal o una lírico presagio.
¿Qué inocente temblor se encierra luego
en la voz del poeta?

Calla, Friedrich.

La lengua sea látigo y restalle
aquí y allá, su esencia al borde mismo
del pecho memorioso o en los frentes
de la más ofensiva actualidad.
Arma del hombre, flauta con su punto
de mira y anteojo visionario.
Poesía. Son. Cárcel. Y Viaducto.
Torre. Linterna. Llave y Laberinto.
Brújula.

Adiós.

El mundo es una madre
para escribirla airadamente versos.

Dámaso Alonso

“Porque nadie te oirá. Solo. Estás solo.”
(De Hombre. *Hijos de la ira*)

No, Dámaso, -diré-.

Tú ya no existes,
antiguo hijo de la ira, hermano
hombre, sencillo dios, hermoso dios
que me interrumpes con tu voz oceánica.
No estoy solo.

Perdón. ¿Y esta desgracia
que nos supura, dime? ¿No percibes
el horror propagándose, el horror,
su cáustica sustancia erosionándonos?
La casa destruida y la palabra
sombreada.

O estamos muertos todos.
O sólo abandonados. Jaramago
de un escombros de días arruinados.
Alguien está detrás de los espejos.
Pero no estamos solos. Nunca. Dámaso.
¿Y cómo no gritar?

Vladimir Maiakovski

“La barca del amor
se rompió
contra la vida cotidiana”

VERÓNICA, del beso a la derrota
corro y ya soy en el naufragio actor
zozobrando en la barca del amor
contra la vida cotidiana rota.

Vencido el corazón llevo y se nota
un silencio mortal alrededor.
Solo y cercado aprieto el percutor
fatal de nuestro adiós, Nora remota.

La pólvora me encienda el universo
terrible, Nora, mientras tu alma ensaya
su tragedia de amar y de vivir.

Deseándote -Amor- muero en el verso
que rimo fulminante y que me acalla
desesperadamente. Vladimir.

Verónica Polonskaya-Nora -Actriz de la que se había enamorado, le rechaza. Maiakovski se suicida, disparándose un tiro en el corazón.

Canción de Gomorra

Pedro José Miguel Tomás

El tiempo deairado
de aquella Gomorra
pasó a la historia
del sucio pecado

Ah!

¿Recuerdas aquel exceso desorbitado?
¿Aquellas copas de vino y néctar
que rebosaban lujuria a bocanadas?
¿Ese infeliz y postrero desenlace
en el que todos vomitábamos perlas
ensangrentadas y fumábamos flores
pisoteadas?

¡¡Cuando caíamos mutilados
y nos ayudaban a limpiar
nuestras babas y mocos!!
¡¡Cuando destrozábamos el dolmen
granítico que nos destrozaba días tras día!!
¡¡Cuando día tras día moríamos
y resucitábamos sin saberlo
entre navajas y serpientes!!
¡¿Te acuerdas?!
¡¿Te acuerdas?!

Sí
aquella Gomorra

Maldita
Elegante
Rastrera
Infernal
Atractiva

 como sus putas
¡Qué putas tan vírgenes!
Como las burbujas del champagne
como el sabor a tequila suave del gusano

¡¿Las recuerdas?!
¡Cómo miraban!
¡Cómo acariciaban!
Putas

 vírgenes y analfabetas
las mujeres de Gomorra
siempre jugaban y ganaban
y los demás perdíamos el almíbar
pero siempre quedaba la miel

¿Recuerdas el calor de Gomorra?
Nunca hubo hielo allí
Nunca pudimos tiritar
Nunca se nos erizaba el cabello
en la noche de los tirantes y de los calzoncillos
No hacía falta abrigo en Gomorra
Gomorra te ardía
 ¿recuerdas?

 Sí
 Los incendios
 Los huracanes

Y aquel mudo que pasaba costo

De la fugacidad y la eternidad,
de la divinidad y lo terrenal
y acerca de la creación poética
en ciertos lugares (tales como bares)

Pep Bruno Galán

A veces
 deseo
 que exista
 dios,
para echarle tantas cosas
 en cara,
y decírselo clarito, directo, de lleno;
y comérmelo suavito, tranquilo,
 sereno.

Azaque

Manuel Antonio Pizarro

Seca quedó la pluma como las hadas,
los duendes y los mundos fantásticos de otros años.
Trémulas las frases sonoras que nada decían
y tanto adornaban la imaginación.
El filtro tornasolado ha matado el azul.
El rojo intenso, a veces desbocado y ocurrente,
lucha por la trascendencia.

Y sin embargo, igual que antes,
el asomo de una débil rima
puede azular la nada.

¿Quiénes fueron?
Repetían a veces en la tarde oscura.
Cantos de sirenas, nimiedades, niñerías,
canturreos de niña tonta. Quizá.
Y sin embargo su música me invadía, y me hacía volver,
por un instante largo a su territorio.
No puede ser que sus juegos despertasen mi alma. No.

Sin embargo, cuando había sido olvidado ya,
una débil rima azuló la nada. Sí.
Aunque sólo fuese eso, débil, la azuló.

El azaque de una mañana,
sin ni siquiera pretenderlo
me teñía de azul.

Invierno

Juan Manuel Játiva Rosado

Ya no tiemblo al verte
como antes.
Ya tu sonrisa no es sincera.
Ya mis versos te parecen poco.
Y tus ojos no ser pierden ya en los míos.
Las caricias son escasas y embusteras.
Y tus manos están frías a mi roce.
Ya no escuchas mis palabras
como antes.
Y las tuyas se me olvidan.
Ya tus besos no son besos,
cuando llegan.
Ya no siento celos de miradas.
Ya no tengo miedo de perderte.
Ya nada me inquieta
como antes.
Ya nada me duele.
Ya todo es escarcha.

LA CHARCA Y LOS PERROS

Gustavo Adolfo Jiménez

A ti, ojos de noche, por todo.

*La oruga retorciéndose sobre la Hoja
es el vivo recuerdo del Dolor Materno.
WILLIAM BLAKE, Augurios de Inocencia.*

La tarde se arrastraba por la charca y sus alrededores como una procesión de alegría y arañosos. El sol hincaba sus dientes en la tierra reseca y las ranas se arracimaban en las orillas, unas sentadas sobre las piedras, otras tumbadas sobre el limo húmedo.

Y es que las aguas han bajado considerablemente desde la última vez que estuve aquí. Esa noche en la que la locura nubló mi mente, la sangre hirvió en mis venas y cometí la más horrible de las fechorías. Desde entonces tengo miedo. Miedo de los recuerdos. Recuerdos que disipan mis horas de sueño, recuerdos que arañan mi vida, recuerdos que desgarran mi alma.

Tal vez me sienta mucho mejor si los dejo escritos sobre el limo de las orilla, si vacío sobre el barro mi conciencia podrida. Espero que las lluvias no los borre ni el sol los quite antes de que los hayáis leído. Voy a darme prisa. No es aconsejable que la noche me sorprenda aquí ya que mi vida correría gran peligro. El peligro que conlleva siempre el encuentro con un aparecido rencoroso.

~~*

UNO

El atardecer galopaba por las calles estériles en una jaca cabizbaja de oscuridad y nieves. Las nubes blancas, algodonosas y soberbias tapizaban el cielo, y el silencio descubría las últimas consecuencias del olvido.

En la distante cercanía el cierzo canturreaba como un tenor enorme en un teatro vacío. Abajo, en el pueblo, el fuego ardía en el hogar de una casa salobre y caliza. Despacio, muy despacio los leños se derrumbaban y se confundían con las cenizas, con las pavesas y con las brasas.

Un hombre limpiaba una escopeta. El hombre que limpiaba la escopeta se llama Adriano Orcajo Gómez, tiene el pelo del color del azufre, el cuerpo rasgado por la metralla y el cráneo repleto de malos recuerdos. El hombre que limpiaba la escopeta y que se llama Adriano Orcajo Gómez encendió un pitillo y miró a su mujer.

La mujer estaba triste. La mujer era hermosa y tenía la piel de la carne de la azucena. La mujer se llama Carmen.

- No hay remedio. El médico dice que tengo el vientre seco y que jamás podré darte un hijo.

- ¿ Y si te vieran en la capital ?. Allí tienen muchos adelantos.

- Desengáñate. Ya nunca podré quedarme en estado. Y si Dios quisiese y lograses preñarme, el niño nacería en sangre como la última vez. ¿ te acuerdas ?.

- Sí me acuerdo.

- Sigues pensando que la culpa de que el niño se malograra fue mía.

- No Carmen.

- Y que lo de la niña Beatriz también fue un descuido mío, ¿ no es cierto Adriano ?.

- No Carmen, no digas eso.

Y Carmen rompió en llantos y en mocos. Por sus mejillas pálidas rodaron dos lagrimones como dos diamantes de diosa sabia. Los ojos de Carmen son azules como las arcadas del mar y sus manos blancas como palomas amaestradas. El viento en la sierra elevaba la voz desafiando al mismísimo Orfeo y a su lira redicha.

- No sirvo para nada, ¿ verdad ?. Una mujer que no es capaz de darle a su

marido ese hijo que tanto desea no vale nada, ¿ verdad Adriano ?, ¿ verdad Adriano que no sirvo para nada ?.

- Calla mujer, no digas tonterías. Y arrojó el pitillo fúnebre a las fúnebres cenizas.

- Yo no tengo la culpa de no poder concebir, ¿ qué más quisiera yo !. Es mi vientre, ya lo sabes.

- Sí, ya lo sé.

- ¿ Me sigues queriendo ?.

- Sí, mujer.

El atardecer empezaba a cubrirse con el luto propio de los fríos de diciembre. El viento era ahora una plañidera rara que se rasgaba las vestiduras y que saltaba de teja en teja como una bruja bizca y cachonda. En la cúspide del cielo, allá donde los dioses deben jugar a los dados, Carmen vió el rostro lejano de una luna adolescente, y por adolescente; tierna y por tierna; deseable.

- Voy a ver a la Pinta que anoche parió. Siete cachorros, casi nada. Y se marchó. Pronto llegó la noche y Carmen pensó en la niña Beatriz y en esa perra del Infierno.

DOS

El Adriano repeló las últimas magras del plato. Bebió un poco de tinto. Un puchero humeaba café. Y el fuego avivado por el viento y por el fuelle lamía las encinas, las cenizas y las conciencias con un hambre de gusano de cementerio.

Carmen miró al Adriano pero no dijo nada. Durante la cena sólo se había escuchado el engullir de los gznates, el rugir de las tripas y el aullar de los rencores. Nada más. Y el silencio era ya demasiado espeso, demasiado soez, demasiado pegajoso. Fue él quien lo rompió con un zarpazo de sílabas.

- ¿ Qué hacemos con los cachorros ?. ¿ Los matamos ?. Ya sé que tú de nunca has querido a la Pinta y ahora que ha parido mucho menos, ¿ se puede saber por qué ?.

- ¿ Quieres café ?.

- Sí échame un poco. Pero no me has contestado todavía.

- Es por lo que le hizo a la niña Beatriz, porque eso sólo lo puede hacer el Diablo. Y esa perra es el mismísimo Diablo.

El Adriano sorbió del café. Sacó un pitillo y fumó dibujando arabescos y grecas con el humo.

- Ahí la Pinta no fue mala, solo se dejó llevar por su olfato. Además...

Los ojos del Adriano clavados en la conciencia de Carmen son dos puñales incisivos y crueles.

- Ya, ya sé que la culpa fue mía por dejar a la niña sola pero, ¿ hasta cuando me lo vas a estar recordando ?, ¿ no crees que bastante dolor tengo en el alma desde entonces ?.

- Mujer lo siento. Siento el haberte hablado así. El Adriano se acercó a su mujer y su mujer le miró fríamente.

- Con gusto esa misma noche la hubiera ahorcado en un olivo o la hubiese reventado a tiros con tu escopeta, o mejor la hubiera vaciado las tripas a navajazos. Como lloraba la niña Beatriz, la pobre, ¿ te acuerdas ?, y como la miraba ella con esos ojos tan negros...

- No olvides Carmen que gracias a la Pinta hemos cenado muchas noches. Es buena cazadora y nos puede sacar todavía de algún que otro apuro. Son tiempos de hambre los que corren. Además la niña Beatriz, la pobrecilla, es una carga. Lo mismo le dá ocho que ochenta. Carmen entristeció la mirada. Se acordó de su hija que seguramente dormiría ya. Y comprendió que lo que había dicho su marido era tan cierto como que hay Dios.

- Si no hay más remedio que la Pinta viva. Pero a sus cachorros los tienes que matar.

- Carmen. Tengo miedo de que los ojos oscuros se pongan furiosos.

- Mátales Adriano, mátales. Hazlo por mi y por la niña.

- Está bien.

- Buenas noches Adriano.

- Buenas noches Carmen. Y la mujer se perdió en la oscuridad terca, necia y abrasadora del pasillo. El Adriano atontó la mirada y se volvió a acordar de los ojos oscuros. Sintió miedo.

TRES

El Adriano pensaba en el modo de deshacerse de los perrillos. Miles de maneras se imprimieron en su mente al calor de la sangre. Y se sintió por un momento poderoso. Extrañamente poderoso.

Y fue entonces cuando se dió cuenta de que podría matarlos a palos, eran tan pequeños y tan mullidos que no tardarían en estirar la pata. También sería fácil estrellarlos contra la pared como si fueran huevos o pisarles la cabeza en el estiercol de un cañamar, o hincarles un cartucho en el vientre, o casi mejor meterlos en un saco y tirarlos a un pozo. Se acordó de la charca y sonrió.

El frío de la madrugada entraba por la chimenea y revolvía las cenizas a manotazos. El frío de la madrugada chillaba como un hechicero facineroso y no se daba cuenta que había muchos vecinos intentando pegar un ojo al rostro del almohadón. El Adriano se levantó, se puso la chaqueta, se encendió un pito y subió a la buhardilla. Allí, y al amparo de las estrellas, buscó, revolvió y encontró un saco. Salió suavemente y en silencio se acercó a la alcoba. La luna entraba por la ventana y apoyaba su nariz en los cristales. Carmen estaba despierta. Extrañamente despierta y extrañamente extraña.

- Voy a la Charca a matar a los perros como me dijiste.

- Adriano he tenido un mal sueño. Te veía todo lleno de sangre y a tu lado esos ojos oscuros mirándote, ¿ te acuerdas de esos ojos oscuros ?.

- Si mujer y calla que al final me vas a asustar de verdad.

- Tengo miedo, mucho miedo. Espera a mañana. No hace noche para que andes por los caminos.

- No te preocupes. Pronto regreso. Se fijó en la cuna que respiraba junto a Carmen. Y oyó a la niña Beatriz dormir mecida por las manos de Morfeo.

Bajó a la cocina. El fuego se había apagado. Un grifo goteaba lágrimas masonas mansamente. Hacía frío. Se subió los cuellos del chambergo, se tapó la cara y salió a la calle.

CUATRO

Las escarchas alfombraban el pavimento y las estrellas como salivazos de un gigante griposo blanqueaban el cielo lógico, suave y largo. El invierno zarandeaba al pueblo con la amargura de un gladiador derrotado y de vez en cuando vomitaba jirones de nieve blanca.

El Adriano se encaminó hacia la cueva en donde estaba encerrada la Pinta. Y es que cuando la Pinta paría se volvía muy agresiva y soberbia y era conveniente alejarla del pueblo. Aislarla de todos y de todo como a un leproso sobón.

Tiritando llegó a la entrada. La luna le permitió verla. Tumbada sobre un camastro de paja y rodeada por todas sus criaturas, dormía feliz. Los perrillos sedientos mamaban de sus pezones con dulzura. Dos de ellos eran negros como la envidia, cuatro blancos igual que la sonrisa de una colegiala y tan sólo uno había salido a la madre.

La Pinta era de pelaje rojizo como los zorros, sus ojos se pintaban oscuros y sus fauces fuertes como las de un león. Entró y abrió el saco. En la cueva no hacía frío. Por la cueva y bajo las pajas las víboras deseaban enroscar sus lenguas rotas a los pezones y a los gznates de los perrillos. Las ratas peludas y dóricas eran más discretas y corrían por las paredes como galgos de competición. Y los escorpiones se conformaban con hincar el diente en el alma o en el culo a los novios despechados, a los maridos abandonados y a todos aquellos de los que jamás se volverá a acordar Cupido. Se agachó y la acarició como tantas veces. También acarició a los perrillos. Con prisa los fue metiendo en el saco. La Pinta agotada, roncaba.

El frío y la madrugada bailaban juntos en el anfiteatro Caelo y juntos le vieron marcharse. De pronto los ojos oscuros se despertaron.

CINCO

La charca humeaba como si en sus profundidades estuviesen fumando decenas de ninfas feuchas. La noche clareaba, y las estrellas y la luna emprendían su viaje de exilio a ese lugar cuajado de tristes presagios. El Adriano sentado en un risco escuchaba el gritar afónico del viento y el bailoteo violento de los juncos y las espadañas.

La charca que instantes antes andaba revuelta se había tranquilizado ya. No quedaba rastro alguno ni del saco ni de los perrillos. Su garganta negra de cieno se los había tragado. Sentía frío. Y no podía apartar la mirada de la charca. Estaba fascinado por ella.

Y es que verla de día no era lo mismo que contemplarla de noche. De noche era grande y elegante como el ojo lloroso de un cíclope. De noche era poderosa como un niño con veinte duros, profunda con esa profundidad que dá miedo, que produce vértigo y que corta la respiración. Sus aguas regalaban el olor raro de la muerte y los islotes vagos y los pedruscos cómicos y los murciélagos

golfos ese aroma a desolación propio de lo ya acabado.

Por el día la cosa cambiaba. Las ranas alegraban con sus sonatas la vista del caminante, los grillos recitaban poemas, las libélulas besaban las aguas y el sol disipaba la tristeza a puñetazos. Tiró una piedra y volvió a acordarse de los perrillos. Y por las circunstancias del miedo y del paraje pensó en todos aquellos que como él habrían acudido a enterrar allí el fruto de sus antojos. Meretrices circenses, hijas de buena familia preñadas en la capital, monjas con profesiones equívocas, tuberculosas pálidas... Todas ahogando su preñez en el olvido. Y Carmen con el vientre seco y sin poder darle un hijo. Dibujó el gesto de la contrariedad.

El viento rizaba la charca. Una araña amarilla y negra tejía su trampa con dedicación y esmero al tiempo que una serpiente dibujaba espirales frías sobre el frío limo de las orillas.

El Adriano se levantó. Giró la mirada y creyó verlos. Y el cierzo no había dicho nada. Y la luna no había abierto la boca. Y la charca no los había reflejado.

De pronto la vió enfrente de él. Negra como una sombra. Altiva como un verdugo. Jadeante como una parturienta. Con los ojos oscuros y llameantes y las fauces abiertas. No le dió tiempo a mover un músculo. Cuando quiso echar a correr, huir ya tenía sus dientes reventándole las venas. El hombre y la perra, unas veces confundidos, otras veces encadenados rodaron por el cieno gritando como enfermos. Los colmillos afilados chirriaron una vez y otra y otra más y el hombre se fue debilitando y su rostro se tiñó de ese morado próximo a la muerte.

La Pinta terminó por beber agua y ensangrentar la charca. El Adriano quedó tendido a su lado, boca arriba, con los ojos desorbitados y el cuello descosido. La perra hincó sus ojos oscuros en el cadáver y se marchó. Las hormigas, los gusanos y los cuervos no tardaron en enterarse y en acampar en la lengua hinchada y en el alma roída de un Adriano Orcajo Gómez que todavía tenía el pelo del color del azufre, el cuerpo rasgado por la metralla y el cráneo repleto de malos recuerdos.

El día anunciaba su llegada con la alegría de los pájaros y el declamar de las ranas.

SEIS

- Ya lo sé. Ayer me lo volvieron a decir. Jamás podré quedarme en estado porque tengo el vientre seco.

La mañana era fría. La mañana pese a ser fría tenía ese poso de alegría que trae consigo la luz. Carmen miró a su hija.

- Con la ilusión que tenía yo por tener otro hijo.
¿ Verdad que te hubiese gustado tener un hermanito ?, ¿ verdad mi niña ?.

La niña Beatriz emitió un leve gruñido por respuesta.

LA BIBLIOTECA

Javier Urbaneja Sánchez

Cuando Felipe de Matarrasa oyó de boca de su abogado que había sido nombrado heredero, por deseo expreso de su dueño, de la hacienda de Prudencio Lunas, todas las posibles muecas que permite el rostro de un hombre se representaron en su cara. Miró al suelo, y con entonación indescriptible pronunció:

-¿!!!Herederero de Prudencio Lunas!!!!

Conformaba el predio un humilde inmueble a la entrada de la villa, de un solo piso bastante deteriorado, inhabitado desde el fallecimiento, hace un año, de su propietario. Para poseerlo, engordando desde ese día sus ya diezmos bienes, debía cumplir Felipe una condición: mantener la biblioteca de Prudencio Lunas en el lugar donde descansaba.

Varias horas transcurrieron hasta que Felipe se decidió a aceptar el testamento, el cual venía introducido en un original cilindro de madera. Aceptó, pero no logró descubrir la causa por la que el inefable personaje le cedía su casa. Ni dos veces en toda su vida llegó a cruzar palabra con el desharrapado y bohemio individuo que ahora parecía chancearse de él desde el cielo, o más seguramente desde el infierno. Rememoró durante todo el día la figura del hombre, las innumerables historias que sobre él se esparcían por toda la comarca, a cual más extraordinaria, las risotadas inacabables de las tardes ociosas de casino y mus, que explotaban cuando aparecía Prudencio en busca de su botella de ginebra. Un detalle, una mirada podía mostrarle la respuesta a sus dudas. Pero todo fue inútil. Felipe aceptó la herencia, arrastrado por el deseo de poseer la biblioteca, que según se rumoreaba era poco menos que valiosa. Buscar una explicación a la obligación de mantenerla en la ruinosa estancia era una tarea de la que Felipe huyó inmediatamente.

Aquella noche fue una noche oscura, noche de luna nueva. En el tibio frescor del jardín Felipe escuchaba el canto de los grillos. Su rostro era puro recuerdo. Con la mirada apuntada al cielo ajustaba los tiempos de su inalterada vida: su infancia sin niños, su juventud sin prisas, su madurez ociosa... cuarenta y dos años repletos de dinero y vacío.

Con el primer rayo de sol se dibujó en su mente el busto de una mujer. Unos calurosos ojos negros invadidos por la frialdad e indolencia de un inmóvil corazón. Una desapasionada dama que, sin embargo, era la más bella de la comarca. Ni las nuevas generaciones de muchachas habían conseguido desplazar del trono de la idolatría a la sin par Raquel. Ni siquiera cuando se desposó con Felipe de Matarrasa, al cual ahora le brotaba una sonrisa de triunfo refrescada por una lágrima, ni siquiera entonces, y ya pasaban cuatro años, dejó Raquel de robarle margaritas a las praderas

cercanas.

Se descubrió Felipe paseándose por los tejados de la villa cuando el día se hizo realidad. "Ni rastro de Prudencio"-pensó. Inquieto, dirigió su cuerpo leñoso hacia la verja del jardín y la atravesó. Por el camino más largo, deambulando por calles declinantes, estrechas y polvorientas, llegó hasta el punto más bajo de la loma que desde tiempo inmemorial sostenía el pueblo. Felipe se acercó a una choza que se destacaba de las demás, y que parecía mantenerse en pie gracias a un mojón que, al borde de la carretera, informaba de su situación a los raudos automóviles que siempre pasaban de largo. Sacó la llave, pesada y enorme, y a un estridente chirrido siguió otro quejumbroso, que se repitieron al devolver la puerta a su estado inicial. Apoyado en ella, Felipe observó el desnivelado suelo del pasillo que apenas tenía diez pasos. Una puerta a la derecha escondía la cocina, de anticuado fogón y desconchado mobiliario. Enfrente, una alcoba sin luz la ocupaban una cama, que parecía de galgos, una mesilla baja, un cuadro indefinible a causa de la oscuridad y una cortina que disimulaba otra puerta. Felipe no se atrevió a entrar. Rodear un lecho donde ha descansado la muerte nunca es agradable. Más adelante, al final del pasillo y a la izquierda, se abría una sala de amarillas paredes que nada guardaban. A su derecha había un pequeño patio, y en el centro un pozo. Todas las estancias eran de perfecta cuadratura y de ínfimo tamaño.

La tristeza del escenario le aturdió el espíritu al recién llegado, y mucho más la desilusión al recordar la biblioteca, que había desaparecido. Se asomó a la negrura del pozo y al ver brillar el agua del fondo recordó la puerta que se vislumbraba tras la calada y grisácea cortina en la oscura habitación. Despreciando las aprehensiones que antes le atemorizaron, arrancó la cortina y abrió la puerta. Una noble mesa de nogal, pulida y de trabajada talla, una nacarada bola del mundo, cuyo origen fechó Felipe muchos siglos atrás, y estanterías con baldas de roble, que sustentaban libros con lomos de cuero, eran las pertenencias de la lujosa biblioteca. Un pequeño tragaluz de colorida vidriera se abría en la techumbre, crando un bello claroscuro de rayos azules y rosáceos que se mezclaban con la penumbra de los rincones.

Felipe se sentó en la silla, tras la mesa, y se sintió como en trono de rey, rodeado como estaba de tan imponente elegancia. Hurgó en el cajón escondido bajo la tabla y nada encontró. Puso las manos encima de la mesa, moviéndolas en círculo con lentitud, palpando el brillante charolado, fino y agradable al tacto. Observó los estantes, dispuestos en forma de herradura, con los brazos rectos incrustados en las paredes de la habitación. Felipe se levantó y llegó hasta el centro del estrecho pasillo, quedando rodeado de libros. Una inédita sensación, desconocida para él, le impulsó, afanosamente, a tomar al azar uno de los volúmenes, que examinó a fondo. En el tejuelo, en vez del título, velado por incógnita causa, encontró un número: el 74. Devolvió el libro a su estante y descubrió entonces que el que le seguía tenía otro número: el 75. Absorto, fue siguiendo la serie: 76, 77, 78, 79... En las últimas baldas

se rompía la numeración: 229, 230, 231, 1, 2... hasta llegar al 7, que ocupaba el último lugar. Dió media vuelta y se plantó frente al brazo contrario. Allí se topó con el volumen 8, seguido por el 9, el 10, el 11... Felipe fue persiguiendo números, rodeando la habitación, hasta volver a encontrar el volumen 8. ¿Qué extraña ley disponía tan original alineación? ¿Por qué los libros, sin título, se clasificaban armoniosamente por dorados dígitos? La abstrusa ordenación de la biblioteca debía tener alguna finalidad. Felipe se sintió espetado por la duda y alargó su temblorosa mano hasta uno de los volúmenes: el 53. Lo abrió y leyó en la guarda:

"No debe truncar el disciplinado lector
el sagrado orden de esta biblioteca,
ni en su colocación, ni es su lectura.
Está usted en el volumen cincuenta y tres."

Felipe leyó la consigna varias veces, incrédulo y fascinado a la vez. Cerró el libro y, con rapidez, se abalanzó sobre otro, y así sobre diez distintos. Todos guardaban la misma instrucción.

Ahíto de perfección y esoterismo, decidió volver a la silla. Bajo el tragaluz intentó aplacar la corriente sanguínea. Imaginó a Prudencio Lunas sentado en aquella silla, ebrio y sólo, manchando de mugre y gotas de ginebra caídas de su boca los libros que ya no le pertenecían. Esperando, quizá, a que la oscuridad y el alcohol le nublaran la vista, para entonces salir a corretear por la villa, escondiéndose en las sombras hasta llegar a la iglesia, en cuyo pórtico pasaba la noche, según contaban, hasta la hora de misa, tras la cual se marchaba, para no volver a verle si no era por el casino.

La excesiva indiferencia de Felipe hacia este hombre se convertía ahora en cierta admiración, después de observadas sus misteriosas posesiones. Sorprendentemente, comenzó a mascullar alguna de las sarcásticas frases con que Prudencio reprendía las risas del casino que evidenciaban su llegada. Esas frases, que siempre escuchó Felipe con la sorna con que se oye hablar a un loco, le parecían ahora ilustrados gritos de desesperación, originarios con seguridad de alguno de aquellos libros. Al fin, ilusionado por la riqueza, que nunca le pareció tal, que tenía ante sus ojos, espoleado por el deseo de aprender, que jamás lo tuvo, las afiladas sentencias de aquel loco, esperanzado en descubrir el motivo de la caprichosa ordenación de la biblioteca, de un salto atrapó el volumen marcado con el número 1.

Comenzaba a caer la noche cuando llegó al final del libro. La oscuridad de la sala y el hambre, llevaba todo el día sin comer, volcado en la lectura, le imposibilitaban reconocer las letras. Encendió dos velas que encontró en un rincón y apretó los ojos en lucha contra el sueño. Estaba en la última hoja, en la última línea, en la que se leía: "tiempos de rev". La última palabra estaba cortada, aunque había espacio para terminarla. Felipe pensó que en el siguiente volumen podía estar la solución. Lo abrió y leyó: "olución...". Decidió irse y volver otro día. Jamás se había sentido tan fatigado

como cuando llegó hasta la verja que rodeaba su casa.

* * *

Felipe saludó a la noche que horas antes dejó. El cielo comenzaba a sonrojarse, y una ténue y fresca brisa despertaba el polvo y las hojas amarillentas que en el suelo dormían. Iba andando con rapidez, casi corriendo por las desniveladas calles, deseoso por reanudar la electrizante narración que le aguardaba en la biblioteca. Noventa días llevaba leyendo apasionadamente. La vigilia, poco a poco, había ido robando minutos al sueño. Cada libro estaba hábilmente estructurado, de tal forma que la última página de cada uno se cortaba violentamente, coincidiendo el parón en la narración con un suceso rebosante de expectación. Felipe comenzaba volúmenes sin dar tiempo apenas para meditar el anterior. El hambre era el reloj que marcaba el descanso, quien obligaba a los ojos a cerrarse arrastrados por el sueño. Pero un hecho fue negando paulatinamente tal poder al hambre hasta hacerla callar, y era que Felipe se fue tropezando con imágenes e individuos que, con el paso de los capítulos, se le fueron acusando cada vez más reales. Vivía impaciente por ir reconociendo paisaje, seres, diálogos que había oído. Ver como en un universo de ficción se dibujaba a un hombre de tan parecido físico y carácter como el de su amigo Colás, el de la frutería, le parecía mágica casualidad, acarreándole desconocido goce y empujándole a la lectura como quien se lanza a un barranco. Algo tenía ya muy claro, cuando había llegado al volumen 120: la villa descrita palmo a palmo se correspondía a la perfección con su querida Henarejos.

En la mesa le esperaba el volumen 121. Con estilo ampuloso, plagado de palabras que Felipe no entendía, se describía, mediante precisos trazos, una procesión de Viernes Santo. El narrador, con insufrible lentitud para Felipe, fue centrándose en una mujer, que, cerrando la comitiva, iba sentada en una lujosa carroza. Nada menos que mil páginas, cinco volúmenes, ocupaba la descripción de aquella. Tanto detalle rayaba lo degenerado. Por primera vez cerró Felipe el libro sin terminarlo. Era la primera vez que esta mujer aparecía en el relato y ya se sabía toda su vida, su pasado, su presente, su belleza singular y su nombre: Raquel. Cierta idea que a borbotones rebullía, desde hace rato, en el cerebro de Felipe, luchando por mostrarse diáfana, no podía ser cierta.

Aquella noche y el día siguiente Felipe se aferró al calor de la chimenea, escarceando durante horas los detalles más significativos de los últimos episodios leídos. Raquel pasaba sin mirarle. Él aprovechaba entonces para distinguir rasgos, hasta ahora ignorados, de la imponente figura de su mujer, los cuales, en cambio, eran pulcramente detallados en la narración.

De pronto, aguijoneado por candente curiosidad, se levantó y volvió a la biblioteca. Felipe siguió consumiendo volúmenes con rapidez. La solicitud de las descripciones, la cotidianeidad de los diálogos, el humorismo no falto de sarcasmo, el estilo ágil y acelerado, eran idóneos medios para una lectura vertiginosa. El argumento podía resumirse en una palabra: Raquel.

Una vaga suspicacia se convirtió en fundada sospecha cuando Felipe acometió el volumen 188. Un vástago de noble familia había aparecido esporádicamente en algunos episodios, fundamentalmente en aquellos que se desarrollaban alrededor de las entapetadas mesas del casino. Unos volúmenes atrás se había referido, en pocas líneas, cómo este joven de favorecida talla se quedaba huérfano de padres, al morir éstos estrellados en la cercana curva del Pelegrino. La importancia del anónimo personaje fue aumentando según avanzaba el relato, a la par que aumentaba su riqueza, después de heredar la hacienda de sus ascendientes. Subyugaba la creciente fustigación del narrador hacia el personaje según éste iba introduciéndose en el alma de Raquel, abatida por las maneras y, sobre todo, por el patrimonio del pudiente joven. Las imprecisas sospechas tomaron forma cuando en el susodicho volumen se narró un acontecimiento que Felipe recordaba puntualmente: su paseo con Raquel, una tarde de hace cinco años, hasta la curva del Pelegrino, donde la declaró su deseo de contraer matrimonio, a lo que ella aceptó sumisa. Aquel individuo de la novela era un ser de proporciones demoníacas que llevaba de la mano a una frágil y apolínea muchacha. Cada adjetivo que le ultrajaba era una pequeña llama que irritaba el espíritu de Felipe.

Los siguientes volúmenes fueron presentando a un narrador cada vez más intransigente, lo que unido a su omnipotencia hacía del relato un aclamante denigratorio contra el anónimo personaje, a la vez que una sensual apología en favor de Raquel. Felipe fue aclarando sus dudas hasta llegar a la grave conclusión de que ese anónimo personaje tenía un nombre: Felipe de Matarrasa. El sentirse tan soezmente subestimado le producía irritante cólera. Ésta se convirtió en inabarcable indignación cuando a Felipe se le revelaron, en erótica exposición, los sucesos por él vividos la noche de sus esponsales en la suite nupcial. Aunque anonadado, no levantó la vista del libro, creyendo en algún momento estar regustando las dulzuras de aquella noche. El gozo se hizo profundo temor y acompañó a la sañuda rabia, haciéndose ésta más fútil a cada paso que Felipe daba en busca de la estantería donde debía aposentar el volumen 201.

Felipe salió a la calle y se dirigió hacia la carretera. Era un atardecer de nubes negras que amenazaban lluvia. Sin importarle, comenzó a caminar por el arcén. Mecánicamente, volvía la vista hacia atrás o saltaba a la cuneta y se escondía detrás de alguna de las rocas que la bordeaban. Cuando perdió el pueblo de vista se apartó de la carretera y se tumbó en la hierba. Un penetrante resquemor le dificultaba la respiración. Tuvo la sensación de que le se ajetreaba el pulso a gran velocidad. Pensó

entonces en olvidarse de la biblioteca, lo que actuó en su cuerpo como un laxante, que sin embargo tuvo escasa duración. Poco a poco le fueron invadiendo de nuevo inevitables deseos de continuar la lectura. Muchas interrogantes tenía en la mente como para castigarse obviando la existencia de los cincuenta volúmenes que continuaban intactos en los estantes. Su propio ser le iba en saber cómo terminaría la historia, al fin y al cabo su historia, su propia vida, hasta dónde el sacrilego narrador llevaría su narración. Si todas sus sospechas eran verosímiles, si él era en realidad el personaje del relato, si Prudencio Lunas fue el narrador, no cabía duda de que, en determinado momento, lo que era una historia contada como hechos reales debía convertirse en una sucesión de profetizaciones.

Después de dos meses de cortas e inquietantes noches, aquella fue larga y dulce. Le alegraba descubrir que, tras cuatro años, Raquel no había perdido un ápice de su escultural figura.

De mañana volvió a la biblioteca, el archivo de su vida y hechos. Los siguientes días fueron desesperanzadores para Felipe. El relato había perdido agilidad y ofrecía ahora estáticas imágenes de la villa que se alargaban durante hojas y hojas. Iba deglutiendo volúmenes, iba acercándose al final de la estantería y nada pasaba que fuera relevante. Le llamó sobremanera la atención el volumen 225, el cual era un documentado cúmulo de necrologías. Se detallaban en él, cronológicamente, las muertes acaecidas en la comarca desde la Guerra Civil hasta dos días atrás de la lectura de Felipe, el cual leyó con indiferencia la gran mayoría, excepto las últimas, entre las cuales se mencionaba el fallecimiento de una pareja en la curva del Pelegrino, muerte que él admitió como la de sus padres, y que ya fue referida en el volumen 179.

La última necrología atendía a la muerte de un hombre de la villa para él desconocido. Por cábala, llegó a la certera conclusión de que ese hombre, llamado Terencio Soles, no podía ser otro que Prudencio Lunas. Mentó uno y otro nombre a la vez que reparó en el número del volumen. Era el 225. Todavía quedaban seis volúmenes para llegar al final de la biblioteca. Este era el momento que Felipe aguardaba. Si el relato - pensaba - había llegado a la fecha en que Prudencio Lunas fallece, y todavía quedaban seis volúmenes para que terminase, éstos debían estar plagados de vaticinios sobre su vida, plagados de hechos que él ya había vivido pero que Prudencio Lunas no podía conocer. Ansiaba saber cuál era la capacidad de augurio del inclemente loco.

Felipe de Matarrasa no volvió a salir de la biblioteca hasta que leyó los seis volúmenes finales, y en ello tardó tres jornadas con sus días y sus noches. El relato recobró su estilo rauda, conseguido a base de pinceladas llenas de fuerza y colorido. Toda la narración se desarrollaba en continua persecución del marido de Raquel, lo cual llenó de alegría a Felipe. Gozaba siendo protagonista de una novela. Incluso releía los pasajes en los que se le describía jugando al mus en el casino, tomando tapas y

vinos sin parar, saludando amigablemente al alcalde, paseando su lujoso automóvil por las carreteras de la comarca... En cambio, le seguían alterando los zalameros cuadros que mostraban a su mujer en la cocina, en el jardín o incluso cerca del lecho. Era en estos episodios cuando, sorprendido por no haberlo asimilado antes, Felipe meditaba sobre lo enamorado que debía estar Prudencio Lunas de Raquel, a la sazón su mujer.

Hechizado por la lectura, Felipe llegó hasta el volumen 230. Extenuado, dejó el libro sobre la mesa y estiró los brazos que dejó caer al instante sobre la brillante tabla. Segundos después recogió el libro y volvió al estado hipnótico pero gozoso en el que se encontraba momentos antes. El gozo fue menguando con el paso de las páginas, y su arqueada sonrisa se hizo horrorosa mueca de pavor. La extremada rapidez en la sucesión de los hechos llevó arrastrando a Felipe hasta el episodio que ya no temía que apareciera: la acción en la cual el protagonista del relato recibía la herencia de Prudencio Lunas. Se narra con precisión y destreza la estupefacción reflejada en el rostro de aquél tras conocer el regalo del ignorado bohemio, así como las consecuentes rememoraciones en busca de explicaciones a tan imprevista donación. Demudado, se vió Felipe asomado al pozo que a pocos metros tenía, y, al instante, abriendo la puerta de la biblioteca que ante sus ojos permanecía inmóvil. Sus movimientos por la biblioteca, descubriendo sus posesiones y su original organización, se ejecutaban en el relato como si de su memoria hubieran sido extraídos. Felipe iba recordando lo que con estupor veía relatado en el libro. El narrador era insultantemente omnipotente, de manera que no sólo refería las andanzas de Felipe, sino además el dinamismo de su mente, el creciente sueño según consumía volúmenes, sus dudas, sus iras. Por otra parte, el narrador volvía a mostrarse tremendamente satírico, con sátira mezclada de deleitosa burla. Felipe leía la crónica de su pasado más reciente con rapidez. Cada página era un paso hacia el presente, una alada locomotora que Felipe veía acercarse sin poder apartarse de los raíles por los que pronto pasaría. Pero la locomotora frenó, aminorando hasta paso de tortuga su velocidad. Felipe se apoyó en el respaldo de la silla y accedió sumiso a engullir las maldicientes imprecaciones con que el narrador atacaba al protagonista, que, sentado en su silla, llegaba al final del volumen 225. Ensimismado y colérico, Felipe leyó la última línea del volumen 230: "No tengas duda, obediente lector. Efectivamente, soy". Saltó por encima de la mesa y cayó al suelo. Sin fuerzas, reptó hasta la estantería y tomó el volumen 231: "Prudencio Lunas" se leía en la primera página. El nombre se coló en las entrañas de Felipe como un gas inflamable. Volvió a la silla. Tras varias páginas en blanco se reemprendía la narración, en la cual un hombre se arrastraba penosamente por es suelo, con los miembros incapacitados por el hambre el espíritu anegado por el frenesí. De nuevo las hojas aparecieron en blanco. Felipe las fue arrancando, hasta llegar a una encabezada por un nombre: "Felipe de Matarrasa". El nombre fue como una infalible llama que le abrasó el interior. Con el alma descompuesta, creía oír, en vez de leer, los propósitos de la narración ahora

explicitados, que no eran otros que hacer de la vida de Felipe un extravagante pelele que, consumido por la maldita biblioteca, dudara de su propia existencia. Prudencio Lunas se confesaba profundamente enamorado de Raquel. Verla enamorada de otro hombre le destrozó la vida, y decidió dedicar toda ella, siempre en silencio, a crear la biblioteca. Después la donó a Felipe de Matarrasa, su más íncrito enemigo, para hacer de su vida un ser de ficción, para que según fuera consumiendo páginas le fuera siendo arrebatada la libertad.

Expuestos los objetivos, Prudencio Lunas adoptó de nuevo la voz de narrador y destruyó su universo de ficción, mediante el incendio de la biblioteca por Felipe de Matarrasa, el cual fallece siendo pasto de las llamas.

Felipe cerró el volumen y lo tiró al suelo. Sintió las manos ardiendo, los pies clavados en el suelo, como petrificados, la cabeza exánime. No podía moverse ni pensar. Tan sólo recordaba la imagen de sí mismo descomponiéndose en el fuego. Un tremendo calor era lo único que notaba en su interior. Miró el volumen en el suelo para después levantar la vista hacia las estanterías. Pausadamente, fue recobrando el ánimo. Se levantó, tomó la vela y llegó hasta el centro de la herradura de brazos rectos. Estaba rodeado de libros. Su sangre corría por la tinta de esos libros. En esas páginas estaba su ser, compilado en 231 volúmenes. Se sentía sólo un muñeco de guiñol dirigido por las manos de un comediante. Era necesario destruir la ficción para volver a ser libre y real. Lanzó la vela contra uno de los estantes y los libros comenzaron a arder. Cogió el volumen 231 del suelo y, antes de arrojarlo a las llamas, lo abrió por la última página. Una de las alacenas cayó sobre su cabeza después de leer: "Felipe de Matarrasa se desmoronó y formó parte de las cenizas".

LA BALANZA

Mª Olalla García García

I

Lo conocí una noche nebulosa, mientras nadaba entre la bruma que se extendía a mi alrededor a causa del tabaco y del alcohol. Ni siquiera comprendo qué me pasaba, por qué me había adherido desesperadamente a aquella botella cada vez más vacía. No es que intentara olvidar. No podía hacerlo, en realidad, ya que no recordaba nada. Quizá quisiera autocompadecerme, empeñarme en creer que mi alma se encontraba totalmente desgarrada. Pero mi alma se había sumido en la bebida, dejando en su lugar un yermo hueco que sea anegaba rápida y peligrosamente.

Él me miraba fijamente desde la barra. Desde el primer momento le encontré diabólicamente atractivo, pero atribuí esta impresión a mis sentidos drogados, que parecían divertirse con malicia haciendo que las luces se deslizaran sospechosamente sobre mi cabeza. Todo el local parecía ir perdiendo su consistencia de forma paulatina, así que me abalancé sobre la botella, temiendo que desapareciera y me dejase en el más absoluto abandono. Mi silla se tambaleó y estuve a punto de seguir su ejemplo y caer al suelo. Alguien me sujetó con fuerza, obligándome a recuperar el equilibrio.

- Una botella nunca ha sido un asidero muy estable.

Me di la vuelta. Lo examiné parpadeando: los ojos oscuros chispeando burlescos y escudriñándome con interés, mientras sus labios se curvaban en una media sonrisa. Añadió:

- Supongo que no te molestará que tu salvador se siente a tu mesa -sin esperar mi respuesta, lo hizo y, al ver que mi pasmo me impedía reaccionar, indicó algo al camarero- He pedido sólo para mí. Espero que no te importe, porque creo que tú ya te has servido lo suficiente.

Lo miré sin comprender, con las pupilas espumosas y empañadas.

- No me malinterpretes. No pretendo meterme en lo que no me importa. No es mi intención molestarte, así que si quieres me iré, aunque me ha parecido que necesitas a alguien con quien charlar un rato.

- ¡Yo no necesito a nadie! -estallé con furia, injustamente dura- ¿Qué sabes tú, gilipollas? Lo único que quiero es que me dejen en paz.

Empujé hacia atrás la silla e intenté levantarme. Las luces se lanzaron a girar

salvajemente a mi alrededor, y perdí el apoyo. Sus brazos acudieron de nuevo en mi auxilio, evitando que cayera al suelo. Sacó un billete, lo lanzó sobre la mesa y me arrastró a la calle.

II

Marisa me tomó del brazo.

- ¿Descansamos un rato?

La ropa se fijaba con obstinación a mi cuerpo sudoroso. Asentí con alivio. Insistir en sumergirnos en aquel palpito rítmico y estruendoso me hacía sentir como una peonza, mecánica y vacía. Hacía algún tiempo que aquella rutina había dejado de tener sentido.

- De acuerdo. Vete sentando. Voy a pedir algo para beber.

Caminé despacio hacia la barra, tratando de no tropezar con alguna de las desesperadas almas en pena que botaban aturcidas por la pista. Tentativa vana. Sólo tras varios encontronazos alcancé mi objetivo. Pedí y me recosté contra la pared mientras esperaba, respirando profundamente para recuperar el aliento.

De reojo, vislumbré a un chico joven que me observaba indeciso, pero insistente. Una mirada a esos ojos líquidos de sombra y noche me bastó para evocar con repentina claridad el episodio olvidado de una madrugada irreal.

Un joven que no conocía me había recogido solícito cuando los efectos del alcohol comenzaban a hacer estragos en mi consciencia. Debí de conducirme después hasta casa, porque las siguientes semanas rebosaron de constantes alusiones a mi "amigo" por parte de mis padres, con inquietante agravante: mi propia incapacidad para traer a la memoria el más mínimo vestigio de aquel suceso. Pero ahora, repentinamente, todos los recuerdos se habían reavivado con inesperada intensidad.

Me acerqué a él, aun vacilante. Sonrió y se levantó, apretando entre las suyas mi mano a modo de saludo, sin intentar ocultar su complacencia. A pesar de los chillidos de los altavoces, que casi le asfixiaban, su voz sonó acariciante.

- Siempre te encuentro con un vaso en la mano.

No sin cierta vergüenza, asentí.

- Sólo es una coincidencia. Yo... siento mucho lo de aquella noche. Me comporté de un modo tan grosero...

- No tiene importancia. Y no me lo agradezcas. Cualquier otro hubiera hecho lo mismo en mi lugar.

La afirmación era totalmente sincera, y noté mi turbación ante tan inocente seguridad. Sin saber qué responder, me dejé conducir hasta su mesa. Me indicó un sitio libre junto al suyo; aunque me asombró comprobar hasta qué insospechado

punto me agradaba la invitación, tuve que rechazarla.

- Los siento, pero no puedo quedarme. Me espera una amiga.

Sin saber por qué, aquella confesión me hacía sentir culpable.

Intentó sin grán éxito ocultar su desilusión.

- En ese caso, no te entretengo más -me tendió la mano- Espero que podamos volver a vernos pronto.

- Yo también lo espero -contesté, con absoluta sinceridad.

Mi comportamiento resultó inexplicablemente afectado por aquel breve encuentro. Comprendí en aquel momento que la actitud de Marisa me resultaba insoportable, con especial mención a su carácter caprichoso e infantil. Pero aún más sorprendente fue comprobar que ella sostenía una opinión similar sobre mí. Durante el resto de la velada nos escudamos en el retumbar de una música estruendosa, que parecía distanciarnos hasta planos incomunicados al rodearnos de una impenetrable capa de indiferencia.

III

Cada vez nos veíamos con mayor asiduidad. Mis padres no hacían el más mínimo esfuerzo por ocultar su desagrado ante mis continuas escapadas. Sin duda les preocupaba una transformación tan repentina, y hasta yo era dolorosamente consciente de lo inquietante de este hecho. Pero, aunque admitía la realidad, me resistía a aceptarla, cerrando incluso los ojos a mi propio instinto, que me advertía insistentemente de que, en el fondo, mis sentimientos más profundos no eran nada normales.

Desde aquella noche adversa, a cuyo término Marisa y yo discutimos al descubrir nuestra mutua incompatibilidad, necesitaba a toda costa mantener una inercia desesperada. Nada parecía tener sentido, y para acallar esa molesta sensación de vacío comencé a dedicarme con un frenesí irracional a cualquier tipo de pasatiempo, por nimio que fuese, que pareciera mitigar mi constante incomodidad. Rescaté aficiones polvorientas en inventé otras nuevas para satisfacer esa creciente ansiedad. Pero toda esta actividad se desmoronó sobre sus temblorosos cimientos cuando lo encontré de nuevo.

Tras una breve charla amistosa en la que, sin pretenderlo, me mostré excepcionalmente complaciente, acordamos volver a reunirnos al día siguiente; a partir de entonces, los encuentros siguieron sucediéndose con una alarmante frecuencia, hasta crear en mí esa especie de ciega adicción que me hacía sentir anhelante, y casi infeliz, cuando no estaba a su lado.

Lo curioso de nuestra relación es que, en teoría, era absolutamente normal: una pareja de amigos que se reúnen para pasar el rato, divertirse y, a veces, relatarse sus penas, alegrías y secretos. Pero al analizarlo en profundidad surgían las primeras dudas hirientes, aunque aún en gestación, acerca de su verdadera naturaleza. Yo dudaba, pero me detenía en la apariencia, negándome a creerlo, acerca de mis propios sentimientos, que externamente parecían contentarse con un acercamiento tan inocente, pero que en el fondo anhelaban algo más. Y sabía que a él le ocurría lo mismo.

En todo caso, sabía disimularlo con exquisita perfección. Me daba a entender que no permitiría que nada destrozase nuestra amistad, de una manera totalmente natural, lo que siempre me tranquilizaba. Y yo podía comprobar lo sincero que resultaba en todo momento su aprecio por mí. Era manifiestamente atento, como si velase con diligencia por el más mínimo de mis deseos. Su fortaleza y su seguridad me protegían hasta hacerme invulnerable, pero nunca me sentía inferior, porque al tiempo se mostraba conmovedoramente humano.

Sin embargo, algo permanecía soterrado bajo tan apacible envuelta. Algo que mi madre habría calificado de "perverso". Y en su encierro se revolvió furioso contra todo lo que lo rodeaba, aun contra sí mismo, creando esas punzadas de duda ocasional que debilitaban mi confianza, no en él, sino en mis propias convicciones.

Porque podía hallarse un turbio matiz de carencia, de deseo, en nuestras miradas, en los roces ocasionales, tan aparentemente descuidados, en las palmadas amistosas y en los espesos silencios de nuestra conversación. Más ninguno de nosotros trataba de limitar tales señales de acercamiento, quizá porque ambos intentábamos demostrar que no existía peligro en el contacto.

IV

- ¿En qué piensas?

Su pregunta me rescató del ensimismamiento. Cuando algo me inquietaba, solía extraviarme en hipótesis y suposiciones con tal pasión que perdía todo contacto con la realidad. El hecho de que esta molesta costumbre, que me había abandonado desde que lo conocía, retornase precisamente ahora no era una buena señal. Sonreí con nerviosismo:

- En nada.

- No es cierto. Hoy te noto triste. ¿Es que algo te preocupa?

Me sobresaltó comprobar, una vez más, lo fácilmente que podía captar mis emociones. Demasiado fácilmente.

- No es nada, ya te lo he dicho. No te preocupes.

- ¿Cómo quieres que no me preocupe? ¿Es que crees que lo que te sucede

no tiene importancia para mí? Sabes muy bien que no es así -aunque el tono era casual, sus ojos traicionaron la profundidad de su sentimiento- Vamos, puedes decírmelo. Ya sabes que siempre puedes contar conmigo. Desde el día que nos conocimos.

Sonrió, burlón. Intentaba ablandarme recordando aquel encuentro, y la verdad es que lo consiguió.

- Sí, ya lo sé. No puedes imaginarte cuánto te lo agradezco...

- Entonces ¿por qué no me cuentas nada? ¿Es que ya no confías en mí?

Su pregunta me hirió en lo más hondo, pero, remotamente, continuaba en la línea de mi pensamiento. Desde hacía algún tiempo había estado intentando retractar levemente nuestra confianza ya que, a mi entender, estaba poco de sobrepasar los puros límites de la amistad para adentrarse en un terreno mucho más espinoso. Pero mis tentativas, al parecer, le habían afectado, y se encontraba preocupado. Yo sabía que temía perderme, y mi pánico a separarme de él no era menor.

- Por supuesto que confío en ti, más que en cualquier otra persona. Precisamente ese es el problema. Me siento terriblemente vulnerable ahora que lo sabes todo de mí.

- Lo último que desearía es hacerte daño.

Vacilé. Por primera vez, mi sinceridad se resistía a continuar. Siempre había evitado aquel tema, ya que era el único escollo que aún nos mantenía ligeramente apartados. No quería romper la barrera, porque no deseaba herirle, pero me sentía en el deber moral de darle una explicación.

- No se trata de eso. Verás, es que... creo que estamos demasiado cerca, no sé si me entiendes.

Cerró los ojos y sonrió, pero se impregnó de una melancolía casi palpable.

- ¿Quieres decir que nuestra relación sobrepasa las fronteras morales?

Tragué saliva e, incapaz de responder, hundí la cabeza entre las manos.

Permanecemos un rato en silencio, sin mirarnos. Al fin suspiró, cogió mi mano entre las suyas y la acarició, reflexivo.

- Siempre has sabido que yo siento por ti algo muy especial, ¿no es verdad?

Gemí en voz baja. Había temido desde siempre que llegara el momento de afrontar esta confesión. Y ahora debía enfrentarme a ella. Pero ¿cómo podía hacerlo si ni siquiera abría el corazón a mis propios sentimientos, si negaba, por considerarlos indignos, mis impulsos?

- Es un sentimiento equivocado. No es posible. No está bien.

Sus manos se crisparon sobre la mía, atormentadas. Supe que había reabierto alguna vieja herida.

- ¿Es eso que piensas? ¿Crees que un sentimiento tan puro puede ser incorrecto, cuando lo único que deseo es colmarte de alegría, hacerte feliz? Nunca

me había entregado tan desinteresadamente. ¿Crees que no está bien, que es reproable?

Le había decepcionado. Me sentí miserable y cobarde al comprenderlo. La valentía y las fuerzas me abandonaron, y sólo deseé marcharme así, dejando inconclusa aquella discusión amarga que tanto dolor nos causaba. Pero él no estaba dispuesto a aceptar mi silencio.

- Dime la verdad. ¿Quieres que me marche y no regrese a molestarte? Di una sola palabra de asentimiento y jamás volverás a saber de mí.

Su mirada me resultaba brutalmente franca, insostenible. Cerré los ojos, con angustia. No podía, no quería siquiera imaginar esa separación insoportable. ¿Por qué había intentado comportarme de forma tan hipócrita hacia mi propia conciencia?

- No -reconocí- No quiero que te vayas.

Bajé la vista. Sus pupilas parecían extraviadas, no sabiendo si acogerse a la esperanza o al desamparo.

- Dime, por favor, ¿corresponden tus sentimientos a los míos?

Tartamudeé:

- No ... no puedo, no debo -de nuevo me sentí desfallecer- Por lo que más quieras, no me pidas que responda a eso.

- Tú eres lo que más quiero. Y es por ti, tanto como por mí, por lo que debes responder.

Respiré profundamente. Por fin, el momento de desequilibrar la balanza había llegado. La elección me obligaba a renunciar a parte de mi propio ser, a escoger entre dos corrientes contrarias que se destrozaban mutuamente a dentelladas en mi interior. Fuese cual fuese el resultado, un fragmento de mí iba a quedar necesariamente mutilado, por eso debía sopesarlas en profundidad; tenía que intentar adivinar cuál de esas dos fuerzas podría contribuir a reconstituirme con menor dificultad.

Debía elegir, ahora. Por él. Por mí. No podía postergar la decisión. Escoger entre mis principios más arraigados, mi moral, mis convicciones más profundas o el sentimiento que me había elevado de mi propia mediocridad para ofrecerme una razón por la que vivir.

Pensé en mi familia, en mi entorno. ¿Qué podría esperar de todos ellos salvo, como mínimo, la incomprensión? O quizá peores respuestas: la vergüenza, la burla, el desdén, la crueldad, el abandono. ¿Podía soportar tales pruebas? ¿Merecía renunciar a todo?

Y si lo dejaba a él ¿qué posibilidades de paz me esperaban en el futuro? Conservaría el aprecio de los que creían en mí, pero ¿podría conservar el mío propio? ¿Cómo soportar mi propia cobardía, sabiendo que había renunciado al más valioso de los sueños por la opinión de los demás? ¿Merecía esta opinión tal sacrificio? ¿Lo merecía él?

En mi interior, la confusión era devastadora como una tormenta, arrasadora y turbulenta. Pero esos sentimientos que había mantenido durante tanto tiempo encadenados comenzaron a alzarse con una potencia destructiva, arrasando, rugiendo contra los principios pétreos, estáticos, que se resistían a dejarse abatir.

Los sentimientos eran míos. Yo los había engendrado, los había alimentado con ilusiones tibias que manaban de mi propio cuerpo, como mana el jugo cálido de una madre que amamanta a su pequeño. Y aunque los había repudiado volvían ansiosos a mí, reclamando con furia el reconocimiento de mi paternidad.

Los principios me habían sido inculcados. No provenían de mí, pero se habían aferrado con tal fuerza a mis entrañas que sabía que, si los arrancaba, me desgarraría. La herida resultaría profundamente dolorosa, y tardaría tiempo en recuperarse, si es que alguna vez llegaba a cicatrizar. Mas yo no los había experimentado, no los había probado como verdaderos, aunque mantenía la férrea convicción de que lo eran.

Quería dar la razón al sentimiento como fruto de mis propias vivencias pero, ¿podía ignorar a las innumerables generaciones de seres humanos que habían hallado el núcleo de su fuerza en esos mismos principios que yo me atrevía a desdeñar?

- Sí -oculté el rostro entre las manos- Dios mío, sí.

Mi respuesta había sido casi involuntaria. Empecé a sollozar sin poder evitarlo. Él sonrió, comprensivo, me tomó en sus brazos y me acunó como a un bebé asustado, susurrando consolador en mi oído:

- Perdóname. No quería hacer sufrir de ese modo, pero no había otro remedio. Tenías que enfrentarte a ti mismo tarde o temprano -me acariciaba el cabello, suavemente- Es algo por lo que yo pasé una vez, hace tiempo, y necesité de toda mi fortaleza para aceptarme a mí mismo. Tú también lo conseguirás. Ya ves que no somos monstruos.

Sus labios rozaron mi frente e, involuntariamente, me estremecí, nervioso.

Rió:

-Tranquilo. No eres menos digno por ser diferente.

Sonreí débilmente, confuso y casi avergonzado. Empezaba a serenarme de nuevo, aunque aún no quería aceptar las consecuencias de mi confesión. Lo haría más tarde.

- Supongo que tienes razón. Pero me cuesta hacerme a la idea de que soy... -la palabra era cruel, inhumana. La rechazé, aunque sabía que a partir de entonces la oíría, hiriente, con demasiada frecuencia.

- Pero yo estaré contigo para ayudarte.

Y cuando esta vez sus labios buscaron los míos, no retrocedí.

ISSN: 1134-0193
Depósito Legal: GU-89/94
Imprime: Gráficas Algorán
Todos los derechos reservados.